



El viaje en la geografía moderna

Pilar Paneque Salgado y Juan Francisco Ojeda Rivera
(Editores)

un
i Universidad
Internacional
de Andalucía
A



Geografía y viajes

Eduardo Martínez de Pisón
Universidad Autónoma de Madrid

1. En el que se divaga sobre el peso del viaje en la geografía

«Es muy agradable aprender geografía —pensó Alicia mientras se ponía de puntillas con la esperanza de ver algo más lejos—».

Lewis Carroll

Esta cita está voluntariamente tomada del primer libro sobre teoría geográfica con el que me topé en mi etapa de estudiante: *Significado y propósito de la geografía*, de Wooldridge y Gordon East, editado en 1950 y traducido Argentina en 1956. Desde el principio he sabido, pues, que hay que ponerse de puntillas y mirar el horizonte. Luego, el tiempo me ha dado diversas ocasiones para practicarlo.

En una conferencia ya tardía, Humboldt hizo un balance ante sus colegas europeos del beneficio que los viajes aportaban al ensanchamiento y a las relaciones internas del conocimiento geográfico y, como era de esperar en él, lo estimó como su mejor clave. Nacimos asomados al paisaje. Las geografías descriptivas del siglo XIX («le Siècle du voyage», dicen los franceses) tenían buena parte de sus contenidos tomados directamente de los relatos de los viajeros por las distintas partes del Globo. Sus capítulos eran la lectura inmediata de las regiones del mundo. De modo que nuestra geografía bebía de las representaciones procedentes de la llamada «cultura del viaje», amplio campo en el que entrarían desde el realismo de los exploradores a las fantasías de Julio Verne. Y de la práctica social del viaje, con su mejor ejemplo en los ingleses, que extendía y nutría la percepción directa y el gusto por experimentarla. Pero la tradición filosófica de una perspectiva comparada en la que tú miras el mundo tanto como éste te mira a ti, bien sólida, venía de antes, del espíritu ilustrado, por ejemplo de Rousseau, de Voltaire, de Montesquieu y, en casa, de Cadalso. Y, como compilación de los relatos viajeros, quedan en clara muestra de ese sólido y tradicional interés ilustrado los tomos de la *Histoire générale des voyages ou nouvelle collection de toutes les relations de voyages par mer et par terre*, que publicó Didot en París a mediados del siglo XVIII. Todavía hay que acudir a ellos para ciertas fuentes.

Cuando yo era estudiante, en efecto, las historias de la geografía que podían leerse en cualquier lengua consistían principalmente

en la historia de las exploraciones, de los descubrimientos, de la colonización, de los libros de viajes. Por ejemplo, el divulgado libro de Kretschmer, que de 1926 a 1942 difundió en varias ediciones la *Historia de la geografía* en la colección de «iniciación cultural» de Labor, narraba en esencia el proceso de ampliación del horizonte geográfico fundamentalmente de los europeos desde los poemas homéricos a Amundsen.

Pero había algo más, interno, de concepto y método profesional, de averiguación de lo geográfico, que podría resumirse en una consigna latente o patente, tácita o explícita: «nada como el terreno». Estaba en todo, en manuales, en libros de investigación, en artículos, en los maestros... y en la práctica, tantas y tantas veces limitada a la observación directa por carencia de bibliografía y de cartografía previa. Entonces, sólo el «terreno» desvelaba. Y se aprendía así el ejercicio de su lectura directa y, en suma, desveladora, como procedimiento de trabajo. Aunque fuera en tren y bicicleta, el geógrafo viajaba, se desplazaba a leer el lugar.

Otro librito muy difundido entonces (y de notable calidad) era el de Clozier, *Las etapas de la geografía*, publicado en España en 1945, que se iniciaba igualmente en el mundo conocido por los antiguos y acababa en las exploraciones polares y con los contenidos científicos de una geografía explicativa. Era todo él como una invitación a seguir explorando, en las huellas de Scott. Con la siguiente consideración: «es a Europa, a la civilización europea, a quien la Geografía debe el lugar privilegiado que ocupa entre las principales ramas del saber humano». Pero además orientaba vidalianamente al análisis del paisaje en su lugar para discernir, para ver y hacer ver, para «saber ver», para situar el cuadro, para hacer de guía del pensamiento, para efectuar la correspondiente descripción razonada. El método era, pues, la observación. Pero no hay observación sin orden previo, sin inteligencia crítica, ni sin decantarse, como viaje, en experiencia.

En un artículo de Larra de 1835, que he citado en otras ocasiones, se lamentaba el escritor de la poca afición al viaje en los españoles de su época: «semejantes los hombres a los troncos, allí donde nacían, allí morían». Y, si alguien se desplazaba de su casa a las afueras por alguna imperiosa obligación, «al divisar la venta del Espíritu Santo, exclamaba estupefacto: ¡Qué grande es el mundo!».

Sin embargo, la larga tradición del viaje a las Américas, que no fue pequeña cosa, debería también pesar en nuestra cultura. Siempre me ha interesado la contribución de los exploradores y cronistas de Indias a la formación de la geografía del mundo, por primera vez realmente universal gracias a ellos, en el renacimiento. Al decir «geografía» en este caso me refiero a un saber formalizado que contiene, al menos, una descripción escrita y acaso un mapa del territorio. Con ello, está claro, se puede distinguir lo que se quiere decir cuando se habla de descubrimiento con sentido «geográfico», el logrado directamente a través del viaje y luego, lo que es fundamental, vertido al conocimiento. De modo que del viaje procede entonces aquella geografía, aquel saber, y la lectura de ésta guarda aún el sabor de la exploración, el propio del rebasamiento de la frontera y del desvelamiento del misterio del más allá, esa inmensidad desconocida que se tragaba uno a uno a los exploradores en su oscuridad.

Es, pues, aquí el viaje la base de la superación de la limitación geográfica conceptual de la Tierra, de una idea o construcción intelectual que procede de Orosio, de San Isidoro, de Ptolomeo, que avanza más allá del finisterre, del extremo occidente tradicional, que abandona la ruta transcontinental, sobrepasada por la transoceánica, el confín marcado por Marco Polo sustituido por el establecido por Colón y los descubridores, que pasa, en fin, de la mirada al este, tierra adentro, a la mirada al oeste, mar adentro. La masa ingente de conocimiento geográfico que entregaron aquellos viajes deja claro, como todo el mundo sabe, que el título de estos párrafos de introducción no establece históricamente relaciones ilusorias o que nos sean ajenas. Archipiélagos legendarios, utopías, distancias incomprobadas, geometrías incorrectas, posiciones teóricas de los continentes y los mares, modelos míticos de la Tierra se fueron disipando al compás de la toma de posesión intelectual de lo encontrado. Y siempre quedará en el relato del viajero, en el caudal de noticias, el sabor de la primera experiencia, de lo directo y empírico, de la espontaneidad en la aventura, del aprecio del obstáculo, la medida del beneficio y la maravilla de lo observado. No por tópico deja de ser nuestro mejor capital histórico de geografía. La cascada de mapas que se sucedieron de inmediato hasta el siglo XVIII muestra la eficiencia geográfica del proceso viajero, por ejemplo desde Juan de la Cosa, Waldseemüller, Vespucio, Pedro de Medina, Caboto, Cortés, pasando por Ortelius hasta Zatta y Maldonado, entre otros, mostrando que lo reconocido paso a paso por costas, desiertos, ríos, sierras, bosques, páramos, volcanes, llanuras, pueblos, caminos, campos, minas y ciudades, de

norte a sur, fue sencillamente ingente. Y quien conozca la fuerza de esos paisajes apreciará lo que sostengo. Y así escribía el cosmógrafo y cronista de Indias Juan López de Velasco en su *Descripción Universal de las Indias*, en 1571-1574: «en historiador ni cosmógrafo ninguno, antiguo ni moderno, hay mención de aquel Nuevo Mundo, hasta que españoles lo descubrieron». Claro está, sin esquivar las palabras de Feijoo, con la perspectiva del siglo XVIII: «No se cobró palmo de tierra que no costase una hazaña. No se dio paso en que no rompiese con mil dificultades». Aunque, además, como al parecer es invariable entre nosotros, «no era la mayor dificultad tener siempre enfrente a los enemigos, sino tener siempre a la espalda a los émulos».

2. En el que se trata del estilo del viaje geográfico

Como el compromiso de participar en esta sesión surgió en una excursión geográfica por la Sierra de Guadarrama, he de recordar que era en ese momento el paisaje quien hablaba y el geógrafo el que traducía. El paisaje contaba y el geógrafo interpretaba. Hemos pasado a un local cerrado. Nada cuenta nada a nuestra mirada y la interpretación se adueña del discurso, aunque sea para hablar del sentido de la excursión. En este local se desarrolla un coloquio de historia del pensamiento geográfico, que condiciona hacia la reflexión más que a la técnica de la excursión geográfica y que a la historia del viaje.

Es cierto que un día decidimos no volver a pronunciar esta palabra –«excursión»– ante las autoridades académicas para que no rechazaran las salidas de los geógrafos al terreno para observarlo, estudiarlo y explicarlo directamente con su método apropiado, por si acaso las tomaban por turismo, ocio o deporte ajenos a la docencia. De modo que, para no ser interpretados mal, se sustituyó la denominación de «excursiones» por la de «trabajos de campo», lo que sin duda eran en sustancia esos desplazamientos, pero perdimos algo en el cambio: el sentido de educación completa, de comprensión íntegra, de experiencia directa, de escuela peripatética de largo alcance, para quedarnos en la práctica especializada. Hay, pues, que volver a las excursiones, además de los trabajos de campo.

Pero siempre hay un método del viaje geográfico, de observación, de investigación, didáctico, y sus técnicas apropiadas, como cuestionarios, inventarios, toma de muestras, realización de gráficos y

mapas, enseñanza, etc. Hay premisas, hay desarrollos y hay objetivos, con frecuencia formalizados aunque a veces también informales: todos hemos practicado el viaje geográfico y nos entendemos sin recurrir a pormenores. Pero hay cambios circunstanciales según procedimientos de escuela, según el tipo de interés y el del objeto perseguido, y, sobre todo, según el paisaje y según su intérprete, con algo de subjetividad en ambos, pero sobre todo porque el primero ofrece y limita en lo que es y expresa, y porque el segundo es un trasmisor vivo que pone en juego no sólo su conocimiento, inteligencia, intención, sino su misma vitalidad, su capacidad de expresión vital de lo que observa y muestra. Es el paisaje a través de quien lo descubre, selecciona, describe y explica. Porque hay paisajes que callan, que susurran o que gritan determinados mensajes. Y porque hay intérpretes que oyen y transmiten o no esas voces. De modo que, a mi entender, hay dos cosas básicas en el relato profesoral de los paisajes en una excursión o muestra de campo: primera, no se debe hablar allí de cosas generales o abstractas, sino sólo de lo que se ve, de lo que expresa lo que se ve y deducir de eso que se está viendo lo que no se ve (causas, factores, comparaciones, consecuencias) porque el paisaje lo dicta. Y segunda, es preciso dar una versión personal de lo que se sabe, un modo de hacerlo, no repetir lo que está en los documentos, sino crear un modo de contarlo, un relato propio. Construir ese relato. Esto también significa que toda excursión requiere una preparación de gabinete –y hasta de terreno, al menos para quien la conduce– y una conclusión de ordenamiento de materiales y de composición de una aportación, donde entran los elementos y las cuestiones que quizá no se ven en el terreno y que dan sistema intelectual al discurrir impreciso o desordenado de los itinerarios. Una excursión es una manifestación y una narración de un paisaje.

Pero además de experiencias, a estas alturas, tenemos también no pocas dudas, pues siempre queda algo por hacer, y gracias a ellas aún se remueven los espíritus. Destacaría, con tales dudas, cuatro aspectos del viaje como forma clásica del conocimiento, del testimonio y del aprendizaje geográficos: 1, los relatos de los viajeros, como información geográfica; 2, el viaje y la excursión como fuente de investigación y modo de enseñanza; 3, la excursión geográfica como método y expresión propios; y 4, añadiría a todo ello una reflexión que se deriva del viaje geográfico o que lo tiene como inmediato objetivo: la necesidad, a través de él, de aprender a ver el paisaje, no sólo de aprender a estudiarlo, sino a distinguirlo.

1.- Antes me he referido a las Geografías Universales del XIX que recopilaban las noticias de los diversos países recogidas de los textos de los viajeros, cuya lista se enumeraba largamente en sus portadas, del Ártico al Océano Austral: allí estaban Stanley, Cook, Mungo Park o Humboldt con naturalidad. Y estaban allí como documento, como prestigio, como atractivo, como fuente y testimonio de lo que se había logrado conocer en el presente más allá de Europa, no sólo como documento de un conocimiento histórico. Pero es tal uso erudito del viaje como documento histórico el que ahora sigue vigente (por ejemplo, el mundo que describen y evocan los Diarios de Jovellanos o los viajeros extranjeros por España), aunque mucho menos el relato del viajero actual, porque hay muchos otros procedimientos de información incluso sobre tierras marginales, como los gráficos, cartográficos, estadísticos, textuales, científicos, etc. y porque se han disipado muchas nieblas territoriales básicas. Además, los relatos de viajeros suelen ser cada vez más literarios, tratando más sobre lo que les pasa que por dónde pasan. Ya no buscan una geografía perdida sino su aventura entre las gentes. De modo que están más entre las obras de entretenimiento que en las de geografía estricta, aunque ambas regiones puedan tener algunas fronteras borrosas.

Al releer a Marco Polo recobramos su mundo en mi mundo y lo que fue, en su día, el desvelamiento de Asia hasta su confín en el momento pasajero de la paz mongola. Su viaje es la recuperación de un enlace entre las distantes civilizaciones de Eurasia, entre los alejados polos del Mediterráneo y del Catay, nada menos, a través de la vieja Ruta de la Seda que enlazaba en diagonal los nudos de lo que fue la geografía universal durante más de un milenio. Para la Europa medieval, tras las cruzadas, entrar en esta ruta fue traspasar el postigo de Tierra Santa, trasponer los desiertos y penetrar en los retirados reinos por donde vagaba el espíritu del Preste Juan, como en un espejo de la imagen de la cristiandad al otro lado del vacío. Y el retorno del viajero supuso la llegada de la información. No de un punto, sino de toda la extensión del continente hasta su mar localizado en el otro lado del mundo. Marco Polo fue el Colón previo que sí llegó, por la vía clásica, a la orilla del mar de China. Su ruta, la de la seda, la ruta global de aquel mundo, fue la de los mil viajeros, la del viaje fundado en las mercancías que también cargó, exportó e importó noticias, ideas y culturas. Fue la vía de cientos de escenarios con sus maravillas, cientos de caravanas, de ciudades olvidadas por regiones zarandeadas por la historia y los vaivenes de los desiertos, que los persistentes viajeros retomaron bajo distintas circunstancias. La ruta y Polo construyeron, pues, la primera gran geografía universal nacida de los viajes.

Las Crónicas de Indias remiten, como antes apuntamos, a otro desvelamiento impensado de consecuencias globales (la primera globalización). Las exploraciones del Impero Británico constituyen un ciclo más (cada uno en su momento sucesivo) de incorporación a la geografía moderna de amplias regiones de Asia, América, África y el Pacífico meridional. Las exploraciones polares y de sus pasos del Noroeste y del Nordeste, que no terminan hasta el siglo XX, cierran geoméricamente la esfera, salvo en áreas escondidas o difícilmente accesibles, como en la cordillera del Himalaya, donde aún quedan recovecos sin una presencia ni un relato al menos del hombre occidental. Pero en aquellos momentos ¿quién podía describir los polos sino quien hubiera estado allí? Y hoy ¿no queremos revivir la ansiedad y la valentía de alcanzar el lugar desconocido a través del relato de quien lo consiguió? Hay, junto al mundo real, otro mundo de sugerencias y aventuras viajeras inagotable, que no aparece ya en las geografías.

Ese papel testimonial ha desaparecido bajo la información abrumadora de nuestros días. Podemos, por tanto, preguntarnos si sigue teniendo algún puesto geográfico, aunque sea cualitativo, el relato del viajero actual. Pese a ello, el viaje geográfico subsiste, porque nada hay como la experiencia directa de los lugares. A veces, es lo único que todavía nos llega de lugares remotos, ocultos o prohibidos, de manera que el viajero sigue siendo el recurso a través de su expedición. Se llegó a proponer en Europa hace unos decenios que nadie debería explicar en geografía un país en el que no hubiera estado. Es evidente que eso era imposible en determinadas circunstancias socioeconómicas y políticas, y que más valía hacerlo que abandonarlo por esa razón, aun conscientes de su precariedad, pero sí es cierto que la experiencia propia dota de claves, intereses y concreciones que, bien sistematizadas, mejoran el estilo y el nivel del conocimiento. En su falta, el relato de lo vivido por el viajero puede devolver algo de tal falta de contacto con lo local. Transmitir lo vivido puede seguir siendo geografía.

2.- Nuestro segundo punto trata del viaje como aprendizaje. Este asunto está en tantos autores de nuestra cultura (y de las ajenas) que no es posible hacer una antología. Pero centrándonos en lo nuestro podemos rescatar algunas expresiones de intención geográfica.

Por ejemplo, está en Bacon la incitación programada del viaje como instrucción en el mundo ajeno. Lo está también en Goethe, para aprender

entre las cosas lo que son esas mismas cosas. Pasar entre los años de aprendizaje y los de profesionalización un tiempo de peregrinaje era algo expresamente recomendado a los estudiantes centroeuropeos. Acercarse a la naturaleza se ejercitaba desde comienzos del XVIII en las academias suizas y varios métodos pedagógicos europeos del XIX y el XX mantuvieron la excursión como un método fundamental de instrucción sobre las cosas y de educación de las personas. En mi perspectiva personal me gusta partir del «paseante solitario» de Rousseau, porque levanta el telón de los Alpes para comprender y mejorar el mundo. Pero, en realidad, desde el punto de vista naturalista hay que retroceder algo más en el tiempo, hasta Scheuchzer y sus itinerarios alpinos, complementarios de las bibliotecas, pensados ya para enseñar a sus alumnos a observar directamente la naturaleza. La difusión de los viajes instructivos se completó en todo el perfil alpino con de Salsure, con sus relatos y su ascensión al Mont Blanc, con la que agregó la alta montaña, que faltaba, al recorrido de quienes buscaban ilustración, y abrió la práctica del alpinismo hasta hoy, con toda su exploración mundial de las montañas.

Entre otras manifestaciones, se hicieron mundialmente famosos los viajes escolares de Töpffer, a la vez sistemáticos en su planteamiento y caóticos en su ejercicio, envueltos en su relato en un grato sentido del humor. Tales viajes significaron la implantación de este ejercicio escolar tempranamente en el XIX, al que acudían alumnos de toda Europa. Con ellos la enseñanza suiza mostró un estilo de ejercicio didáctico que tendría continuidad y extensión. Entre esas diversas maneras pedagógicas no faltaron, pues, distintas líneas que, desde el siglo XVIII, incorporaron la excursión como instrumento y recurso didáctico. En España será la Institución Libre de Enseñanza quien, con su propio estilo, sus métodos e ideas, regalará a esta corriente un brío especial, con profundidad de criterio y con el otorgamiento de un significado «tan importante como la clase misma». A esta faceta didáctica y educadora no son ajenos los geógrafos. Incluso participan en ella como impulsores y ejecutores, como en el caso de Torres Campos.

No se puede evitar aquí la reproducción de unas frases de Reclus —propulsor del encuentro con la naturaleza y cuya lectura, muy difundida, alcanzó y sedujo a los miembros de la Institución— escritas en 1869 en su obra titulada *La Terre*: «Los clubes alpinos, sociedades de montañeros, compuestas en parte por los sabios más enérgicos y más inteligentes de Europa occidental, se han impuesto la tarea de

vencer paso a paso cada cima antes reputada como inaccesible, de traer desde ellas alguna piedra como signo de triunfo y de dejar allí un termómetro u otro instrumento científico, con el fin de facilitar las investigaciones de los escaladores audaces que llegarán después de ellos... allí uno se siente renovado al gustar esa atmósfera de vida... El caminante que sube a una montaña se vuelve dueño de sí mismo... La montaña entonces parece mirarte. Es para ti para quien hace brillar sus nieves». Y concluye en otro momento: «la verdadera escuela debe ser la naturaleza libre, con sus hermosos paisajes para contemplarlos, con sus leyes para estudiarlas, pero también con sus obstáculos para vencerlos». Instrucción, sí, y además vivencia, contemplación y educación.

De este modo se instaló en la cultura y en la práctica una tradición de geografía excursionista. En la enseñanza y en la investigación se implantó como una necesidad fundamental en todos los niveles donde quiera que se ejerciera la disciplina con rigor a lo largo de los siglos XIX y XX. Alcanzó entre nosotros también al arte, a la literatura en la Generación del 98 y a la pintura entre los paisajistas, con explícito amor al campo, con profundidad para entenderlo y con maestría para expresarlo. La influencia, en parte reclusiana, de los clubes alpinos fue paralela y eclosionó en sociedades excursionistas como las de Cataluña de fines del XIX y enlazó con un movimiento generalizado, de no pocas raíces institucionistas, primero en Granada, luego en Madrid y más tarde extensamente.

La excursión y el viaje fueron así una práctica esencial en la geografía profesional, que se constituía académicamente por entonces. Porque el terreno revelaba una escritura al geógrafo lector de paisajes y porque instruía en la constitución del mundo, tal como había dicho y mostrado Humboldt. En esa escuela Von Richthofen podría ser un claro ejemplo de viajero geógrafo, como también lo fueron, en sus propias órbitas, Davis, De Martonne o Vidal de la Blache. Y lo eran como parte de un conjunto amplio de ciencias naturales y humanas que practicaban métodos similares, desde la geología a la antropología, pasando por Darwin, y de otro conjunto aun mayor que se extendería hasta la técnica, el arte y la cultura. Sin la menor duda se puede hablar, entonces, del prestigio del viaje académico.

Y en este punto conviene indicar que el trabajo de campo, objetivo del viaje científico y artístico, que contiene observación, toma de datos y muestras, representación gráfica y orden textual, es considerado en

geografía la vía directa para objetivar los paisajes, para aprender a reconocerlos y para educar a los alumnos. Con lo cual, su práctica, aunque a veces difícilmente ejecutable por razones materiales, administrativas o de simple falta de comprensión por parte de quienes ejercen controles, se reconocía como un proceso de estudio y enseñanza indiscutible. Recordemos a algunos maestros próximos, como García Fernández, que consiguieron, con gran entrega personal y generosidad profesoral, llevar tal ejercicio hasta su expresión más intensa en los años sesenta y setenta del pasado siglo.

3.- Nuestro tercer punto se refiere a la excursión como método geográfico. Como venimos diciendo, se decantó con el debido peso en nuestra enseñanza a lo largo del siglo XX. Y también el viaje, en la medida que se podía, claro está, es decir, desde unos recursos escasos y unos hábitos más bien sedentarios, pero ambos, excursión y viaje, lograron abrirse camino.

La experiencia nuevamente indica que tendríamos que atender a dos aspectos distintos del viaje o de la excursión, en la investigación y en la enseñanza e incluso en la enseñanza de la investigación. Primero, como conocimiento general para obtener información y para dar instrucción. Segundo, como práctica concreta para conseguir datos y para enseñar cuestiones específicas. Se trata de llegar incluso a un método de observación, de toma de notas y de ejecución de croquis, de una dialéctica ordenada de hipótesis y respuestas. Y también a un método de explicación mediante la observación, la selección, las referencias y la interpretación, de modo que el campo es una clase pero otro tipo de clase, que no por eso es indeterminado, sino distinto.

Conviene repetir aquí lo que antes hemos señalado, dentro de un planteamiento más general. En esencia es lo siguiente: en el terreno sólo se aprende lo que en él hay, y cuanto más preparación se tenga para ver, más se verá. En el terreno sólo se debe enseñar lo que hay en él, o a través de lo que hay en él. El terreno revela y conduce a la explicación. De modo que esta forma de enseñanza, de observación y de investigación se hace imprescindible en geografía, y así toda excursión geográfica requiere sistema y un orden científico o didáctico en el cual se realiza. Tiene método propio, adecuado al terreno y hasta a la movilidad. El profesor es a la vez un guía, un traductor del terreno, un incitador y un ejemplo. Claro está, esto supone una entrega total en una clase diaria que dura tanto como el viaje, probablemente las 24 horas.

Como cualquier operación intelectual y física requiere un planteamiento adecuado, incluso logístico y presupuestario, pero sobre todo científico y didáctico, con una preparación meticulosa de recursos e instrumentos. Con objetivos claros, un programa tácito y argumentado. La excursión necesita un desarrollo eficiente y una apertura a lo que el azar disponga, sin discutir, cuando llega, que pueda ser hasta más interesante que lo programado. Y, finalmente, una vez realizada, la excursión precisa una ordenación y un aprovechamiento del material obtenido. Si se ha llevado a cabo como práctica docente, cumplirá con este objetivo la realización de una memoria. Si ha sido como investigación, ese material logrado requerirá su aclaración y su explotación, su redacción y su incorporación al conjunto. La experiencia de investigaciones expedicionarias en lugares remotos y sin gabinetes enseña a volcar y administrar de inmediato la información obtenida en cuadernos y mapas en limpio y a elaborarla en lo posible día tras día del modo más claro, porque posiblemente su tratamiento final se hará tras un largo viaje de retorno, con todos sus olvidos, y muy lejos de las fuentes donde se podría ir a cotejar los datos confusos.

De este modo, la geografía, como otras ciencias y saberes, ha dado el gran paso: el viaje al método. O el viaje como método y el método del viaje. O tal vez al menos lo ha intentado.

4.- ¿Para qué el viaje geográfico?: para saber ver. Saber ver el paisaje es un reto intelectual en el que la geografía puede desempeñar un papel instructor, porque tiene los métodos, conceptos, datos y prácticas que se lo permiten. En esa instrucción es esencial el trabajo de campo, pero no es todo. Disposición, entrega, cultura, rigor, talento y alguna sensibilidad también ayudan. No hay recetas. Al contrario, aquello que aconsejaba Juan Ramón de que si te dan papel rayado cambia de papel, sería también aquí lo apropiado.

La intención de enseñar a ver tiene tratados por lo menos desde el siglo XVIII, pero no se trata de eso. Por ejemplo, el libro de Bruno Zevi, Saber ver la arquitectura, de 1948, no es un tratado sino un remedio para incitar a la voluntad y hasta la pasión de verla y para despertar cierto orden e inteligencia en ese acto. No hay instrucciones. El autor parte de «la falta de costumbre en la mayoría de los hombres para comprender el espacio» y de la necesidad de pasar no sólo a entenderlo en tres dimensiones, como sería propio de una escultura, sino además de verlo no desde fuera sino desde dentro, de ver el envolvente desde el hueco interno, es decir, pienso yo, como un paisaje.

O a la inversa. En tal espacio hay infinitos puntos de vista «un sinfín de perspectivas», un desplazamiento del ángulo visual en el tiempo, una cuarta dimensión. Toda arquitectura es a la vez comprendida y vivida, como el paisaje es también una experiencia, es la escena y el drama, es construcción y vacío. El paisaje que nos contiene es igualmente una composición de espacios tridimensionales en el tiempo. Saber ver el paisaje es, primero, saber tu puesto en él. Cuando viajas, lo primero de todo, conoce tu posición y zigzaguea por el escenario como el viajero activo que aprendía a ver, con el espíritu alerta y disponible, de Deffontaines, porque «la nature parle, enseigne»: «prendre part, s'intéresser a la bataille», aconsejaba el geógrafo, procura alcanzar que «la connaissance d'un pays aboutit à l'attachement à ce pays».

De lo que se trata, por tanto, como también escribía Marangoni, es de «crear una aptitud». Aquí convendría aplicarlo para obtener resultados más allá de la emoción de la exploración y del viaje en la representación del mundo observado, utilizando las enseñanzas e instrumentos de la geografía para mirar el paisaje. Y desde él, para entender con más fundamento el mundo. Pero primero hay que saber cómo se mira un paisaje: por supuesto mediante el análisis de su estructura, de su dinámica, su territorialidad, sus funciones, sus componentes, su historia, sus unidades, sus formas, sus rostros y sus contenidos culturales. Pero el verdadero reto es la integración que forma la textura del paisaje real como un conjunto, como una composición configurada y como unidad dinámica. Referirse al conjunto y formalizar métodos específicos de integración. No es sólo sumar componentes y significados, estructurar la información, reunir los elementos, hacer mosaicos, es conocer la tensión mutua que arma el cuadro entre todos sus componentes, formas, fuerzas, cambios y significados. El cuadro es a la vez un sólido y un fluido, pero es lo que es completo. Siempre se trata de rearmar intelectualmente el conjunto móvil (a sus ritmos, naturalmente) o no estamos hablando de paisaje sino de integrantes, partes, sectores del paisaje. El paisaje se funda en la asociación espacial, pero también en la calidad de interpretación de quien lo mira y lee. Hay en nuestra mirada una mezcla inevitable de racionalidad y de reciprocidad existencial. El paisaje aparece a la vez como un territorio formalizado e interpretado. El paisaje del geógrafo es, pues, una construcción intelectual, una imagen del lugar con una representación apropiada y es una concepción del mundo, una manera de tener sentido la Tierra.

Para obtener esa visión cualificada, la geografía podría ser el procedimiento de una interpretación ajustada de los paisajes y, con ello, el instrumento esencial del viajero que busca el entendimiento de los lugares. Y para unir lo que ve con lo que no ve, pero que también conforma el paisaje, la geografía y el viajero observador deberán fundir las estructuras y formas territoriales con sus imágenes culturales. El paisaje tomado plenamente y de modo directo pasa a ser experiencia porque es el marco de las vidas, el asentamiento de lo real, con lo que se hace necesario. Más que espectáculo o panorama o escenario o cuadro, el paisaje es la condición geográfica completa del hombre. Con el sentimiento del que lo habita. El viajero que ve fluir el mundo observa cómo mudan sus condiciones geográficas y los ojos que las miran, más efímeros que las vidas y cómo quedan dispersos como permanentes sólo paisajes-castillo resistentes, cercados por las redes de los intereses, con su destino ya escrito.

Si el paisaje está compuesto por una forma, un rostro, su imagen y sus significados, representa la unidad final terrestre, y es tal unidad la que el viajero recibe cada vez que arroja la mirada. El paisaje es, por tanto, un método de comprender que requiere un procedimiento y un nivel cultural. Y su vivencia directa es una experiencia educativa de los objetos, propiedades y sentidos de la Tierra, por lo que éste es el sentido del viaje al paisaje. De tal modo que, en un viaje al Pirineo, un observador cualificado, Victor Hugo, exponía el paisaje, además de cómo es, como un sueño, un descubrimiento de la belleza y una vivencia sobrecogida ante la fuerza de la Tierra. Luego, el escritor vuelve todo escritura, es decir, composición, comunicación y enseñanza a un tercero. Así, pensaba con acierto que el paisaje es más que paisaje. Se une entonces lo que descomponen el arte y la ciencia, porque el paisaje reúne todas sus manifestaciones desde la exploración a la música. Las miradas viajeras modernas han sabido verlo así. El viajero, expresado en sentido voluntario y hasta exploratorio, se sumerge en los paisajes. El paisaje es su medio y su objetivo, primero porque lo ve, pero sobre todo porque lo atraviesa acomodándose a sus rugosidades, al aceptarlo como tal y al adecuarse a sus condiciones. De este modo, la travesía del paisaje es el sentido mismo del viaje.

Por un lado, el paisaje necesita contacto con lo real, el proceso y el método del viajero. Por otro, el viajero se ha hecho con el rompecabezas de la Tierra paso a paso con entusiasmos y sacrificios, pero el viaje a la comprensión del paisaje es un ejercicio intelectual completo que debe ir más allá que lo que marcan los derroteros habituales. La geografía

debería servir también, en fin, para que ese viajero aprendiera a ver lo que realmente son los paisajes que atraviesa. Deberíamos intentarlo, pues los beneficios culturales y territoriales podrían ser muy grandes. Estaría bien, pues, que el viaje geográfico acabara siendo sustancia de todo viaje. Empezad a ejercitarlo. Escribid sobre viajes.